



La visión de Tundal (Un viaje al purgatorio, al infierno y al cielo)

Traducción e introducción de
José Antonio Alonso Navarro
EADE – Universidad de Gales en Málaga
meildeja@yahoo.com

Aspectos generales de la visión de Tundal

“La Visión de Tundal” es un interesantísimo y bellísimo texto medieval que tuvo una enorme popularidad en la Edad Media durante al menos tres siglos. El texto original (*Tractatus*) fue escrito en latín en el siglo XII por un monje benedictino itinerante irlandés de Cashel (County Tipperary, República de Irlanda) llamado Marcus del que apenas se sabe nada y a instancias de una cierta Abadesa G., identificada posteriormente como Gisela en una traducción al alemán llevada a cabo por el sacerdote alemán Alber y de la que se tuvo constancia histórica en un convento benedictino de monjas situado en Regensburg (Bavaria) durante el siglo XII. La fecha de la composición del texto gira en torno a 1149.

La traducción de Alber del texto latino al alemán no fue la única traducción que se hizo. Tras él vino una larga lista de traductores y adaptadores. Uno de ellos fue Helinand de Froidmont que abrevió la versión de Marcus suprimiendo muchas de las referencias celtas incluidas por Marcus en el texto. La versión de Helinand parece haber sido la fuente principal que inspiró la versión de Tundal de la obra *Speculum Historiale* de Vincent de Beauvais, escrita entre 1244 y 1254. Y la versión de Vincent, a su vez, parece haber inspirado la versión poética inglesa (adaptada al menos a 13 variantes dialectales del inglés medio-medieval) hallada en cinco manuscritos del siglo XV. El monje benedictino extrajo elementos de muchas otras obras muy conocidas por entonces en el siglo XII; obras como *La Visión de Drythelm*, registrada en el año 696; *La Visión de Furseus*, de Beda el Venerable que incluyó en su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* en el año 731; *El Apocalipsis de San Pablo*, un texto apócrifo de finales del siglo IV; y *La Visión de Wetti* escrita en el año 824.

La Visión de Drythelm relata la historia de un buen hombre que muere y que resucita a la mañana siguiente para relatar su experiencia a su mujer después de muerto. Tras su vuelta del mundo subterráneo cuenta cómo un ángel resplandeciente le lleva a conocer los horrores de los castigos del purgatorio entre las almas condenadas que viven atrapadas en globos de fuego; cómo los demonios tratan de apresarlos y cómo el ángel lo salva y lo conduce a un lugar de gozo y luz en el que desea permanecer, aunque no pueda hacerlo por tratarse de un lugar de tránsito para los que esperan su entrada al cielo.

Existe otro interesante texto encuadrado en la “literatura de visión del cielo, infierno, y purgatorio” llamado *La Revelación del Monje de Eynsham*. La versión en inglés medio (Middle English) es de finales del siglo XV y está basada en el texto de finales del siglo XII titulado *Visio Edmundi Monachi de Eynsham*, escrito por Adam de Eynsham, autor también de la *Magna Vita Sancti Hugonis*. Esta obra relata la asombrosa visión del purgatorio y del paraíso por Edmund, hermano de Adam, tras enfermar y caer en trance (o en un estado de inconsciencia) en la Pascua de 1196. En el Purgatorio y el Paraíso Edmund se encuentra con una serie de personajes históricos de la época, como Enrique II. El texto se ha conservado en dos copias de una versión impresa en Londres hacia el año 1483 por William de Machlinia.

En “La Visión de Tundal” se encuentran muchos elementos análogos a los existentes en “La Visión de Drythelm”. El protagonista del texto se presenta como un pecador que ha cometido los ocho pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, y, según la tradición irlandesa, la traición. La historia comienza cuando Tundal es invitado a cenar por un vecino suyo. En mitad de la cena, Tundal sufre un ataque y muere. Su alma sale del cuerpo y viaja a un sombrío y oscuro lugar. El ángel guardián de Tundal aparece entonces y lo acusa de no haberle prestado la debida atención en vida cuando éste estaba más centrado en los placeres materiales y carnales y en hacer el mal a los demás que en preparar su alma para gozar del cielo tras su muerte a través de la caridad y las oraciones. Tundal admite su culpabilidad y comienza un arduo y complicado periplo a través del purgatorio.

En una de las versiones inglesas, la que se encuentra en el Manuscrito Advocates, la experiencia de Tundal tiene lugar en diez *Passus* (o pasos-secciones); siete *Gaudia* (o gozos) y una *Reversio Anime*, un apartado en el que se cuenta como el alma de Tundal regresa finalmente a su cuerpo para permitirle referir a sus convecinos su experiencia tras la muerte, reformarse moralmente y advertirlos de que no sigan su camino de maldad para evitar morar en el infierno para toda la eternidad. En el primer *Passus*, Tundal contempla a los terribles demonios por primera vez y se enfrenta a su primera experiencia de dolor física y psicológica.

En el *Passus* II, las almas de los que fueron asesinos en vida son atormentadas en el fuego de una fosa pestilente. En el *Passus* III, los ladrones y estafadores expían sus culpas en el fuego y en el hielo. En el *Passus* IV, los soberbios purgan sus pecados en una fosa de fuego y azufre por encima de la cual cuelga un puente estrecho. En el *Passus* V, los codiciosos y avariciosos están condenados a entrar al estómago de Acherón con el fin de recibir tormento con fuego y hielo. Tundal no escapa al castigo y dentro de la barriga de Acherón es mordido por leones y víboras.

En el *Passus* VI, los ladrones, y en especial los sacrílegos y blasfemos, reciben su castigo en un lago repleto de bestias. En el *Passus* VII, los que han cometido pecado de lujuria son ajusticiados en un enorme horno. Sus almas son cortadas en pedazos por los demonios, reformadas y vueltas a cortar. En el *Passus* VIII, los clérigos y religiosos que cometieron el pecado de lujuria en vida son engullidos por una enorme bestia e infestados de ponzoñosas serpientes y alimañas que entran y salen de sus cuerpos.

En el Passus IX, se cuenta cómo los pecadores que han cometido diferentes pecados deben ser atormentados en la forja de Vulcano. En ella los pecadores son zarandeados por herreros infernales que los golpean con martillos. El último Passus se dedica a la descripción del infierno y del mismo Satán. En los Passus I-IX, Tundal pasa por diferentes estadios y tormentos del purgatorio. Las almas no han sido juzgadas aún, simplemente tratan de purgar sus culpas y pecados hasta el Día del Juicio Final; día en el que se decidirá si van al cielo o al infierno.

El Passus X describe el infierno y a las almas que ya han sido condenadas a morar en él por toda la eternidad debido a los terribles pecados cometidos. Aquí podría culminar el poema, sin embargo, Marcus trata de mostrarnos mundos mejores en los siete Gaudia o gozos. Tras la atmósfera de clímax ascendente de los diez Passus hacia Satán y el mundo infernal, Marcus nos presenta en los primeros dos Gaudia un purgatorio menos horrendo. En el Gaudium I no hallamos almas que se encuentren en un lugar más tolerante que en los Passus anteriores, a pesar de que padecen hambre y sed. Estas almas están destinadas a alcanzar la salvación, pero hasta que eso ocurra, éstas no están exentas de dolor.

En el Gaudium II Tundal reconoce a los reyes irlandeses Cantaber (Conor O'Brien), Donatus (Donough MacCarthy) y Cormake (Cormac MacCarthy). Los Gaudia III-VI muestran una serie de lugares muy bellos decorados de una manera elegante y en los que habitan las almas justas y virtuosas, incluyendo los casados honestos, mártires, vírgenes, clérigos virtuosos y aquellos que han fundado y apoyado iglesias y órdenes religiosas. En el Gaudium VII, dedicado a una visión del cielo, el ángel y Tundal suben a la cima de la muralla más suntuosa hecha con gemas preciosas y cubierta de oro. Desde esa posición contemplan toda la creación: la tierra, el purgatorio y el cielo. Tundal contempla las nueve órdenes angelicales que alaban a Dios por toda la eternidad y a la misma Trinidad. Allí se encuentra con San Ruadán, el santo patrón de Lorrha en el condado de Tipperary, y a San Patricio, patriarca de la Iglesia Católica Irlandesa.

Finalmente, el alma de Tundal regresa a su cuerpo para vivir conforme a los principios que su experiencia le ha reportado. En el texto se dan cita dos tipos de meditación, una de horror, y otra de esperanza, algo muy propio en el marco de la espiritualidad cisterciense. Los pasos van del tormento a la desesperanza; los Gaudia van del sufrimiento más moderado a la felicidad suprema, de este modo, el autor provoca dos situaciones de clímax que, lejos de producir disparidad formal y estilística, se alternan. La idea será provocar el espanto del lector a través de una catarsis muy bien elaborada con elementos y componentes muy bien pensados, pero al mismo tiempo ofrecerle la esperanza del perdón y de la misericordia divina si se arrepiente de sus pecados.

Bibliografía

Gardiner, Eileen. "The Translation into Middle English of the *Vision of Tundale*." *Manu-scripta* 24 (1980), 14-19.

Hines, Leo James. "The *Vision of Tundale*: A Study of the Middle English Poem." Ph.D. Dissertation: University of Wisconsin-Madison, 1968. *DAI* 29.6A (1968), p. 1869A.

Marshall, J. C. Douglas. "Three Problems in *The Vision of Tundale*." *Medium Ævum* 44 (1975), 14-22.

Mearns, Rodney, ed. *Visio Tnugdali: The Vision of Tundale*. Heidelberg: C. Winter, 1985.

Seymour, St. John Drelincourt. *Irish Visions of the Otherworld: A Contribution to the Study of Mediæval Visions*. New York: Macmillan, 1930.

Turnbull, William B. D. D., ed. *The Visions of Tundale, together with Metrical Moralizations and Other Fragments of Early Poetry*. Edinburgh: Thomas G. Stevenson, 1843.

La Visión de Tundal*

(Versión en prosa)

Jesucristo, Señor Todopoderoso, Padre e Hijo y Espíritu Santo, bendecid a todos aquellos que me escuchen hasta el final, y a aquellos que tengan un poco de paciencia, yo habré de contarles una historia. Y ay de aquellos que se identifiquen con ella por causa de sus pecados, porque entonces se morirán de miedo y de espanto. Sin embargo, el propósito principal de esta historia será ayudar a los pecadores a enmendar sus pecados en esta vida. Escuchad, pues. Había una vez en Irlanda, en el año 1149, un hombre rico llamado Tundal que tenía una pésima reputación. Tenía en su haber enormes riquezas y lamentablemente, muy poco de bondad, pues era traicionero y pérfido, soberbio, colérico, y envidioso. La lujuria y la gula eran sus únicas pasiones.

Era, además, avaro, y harto perezoso a la hora de honrar a Dios Nuestro Señor. Jamás hizo obras de caridad y jamás sintió amor alguno por Dios o por la Santa Madre Iglesia. Nunca dio limosna a nadie y nunca se mostró compasivo con ningún vecino. Gustaba de la compañía de juglares taimados y calumniadores del tres al cuarto y, siempre que podía, incitaba a blasfemar a los sacrílegos sin escrúpulos. Le agradaban las pendencias y las disputas. La verdad es que no había nadie peor que él. Sin embargo, no quiso Dios, que nos redimió de los tormentos del infierno por su infinita compasión, causarle mal alguno, mas sí quiso darle una lección después de su muerte, permitiendo que su alma aterrorizada conociese los tormentos y castigos de los demonios antes de que aquella pudiera regresar de nuevo a su cuerpo.

Estuvo en el purgatorio y en el Infierno. Y ¡vaya si pudo contarle él mismo! Esto le ocurrió después de sufrir un ataque mientras comía, como vais a oír a continuación. Pero, seguid escuchando, aunque Tundal era un hombre pérfido y traicionero y temido por la mayoría de sus vecinos como si del demonio se tratara debido a su terrible conducta, contaba con muchos amigos. Una de sus ocupaciones era la de prestar plata utilizando las argucias y artimañas del peor usurero. Atended, a cambio del préstamo de nueve chelines obtenía como pago diez. Y si esto no fuera poco, por demora en el pago de los préstamos, Tundal cobraba intereses. A quién habría de sorprender esto si jamás se le hubiera ocurrido dar limosna a los pobres por el amor de Dios. Y cuando vendía alguna que otra mercancía, lo hacía siempre por el doble de su valor real.

Pero un día sucedió que Tundal fue a ver a un vecino suyo para reclamarle el pago de tres caballos que aquel le había vendido. Su vecino le pidió más tiempo para poder satisfacer la deuda y como única garantía le dio su palabra. Al oír esto, Tundal se puso hecho una furia y comenzó a amenazarlo con palabras terribles. Mas su actuación no fue sino una vil treta. Cómo supo aprovecharse de la ocasión, pues allí mismo decidió subir el precio de los caballos! ¡Qué astuto y listo que era!

* El texto original en inglés medio está disponible en: <http://www.lib.rochester.edu/camelot/teams/vtfrm.htm>

El pobre hombre aceptó y así se hizo constar por escrito. Después, su vecino se mostró de lo más cortés con Tundal para apaciguar un tanto su cólera y lo invitó a cenar. Y cuando Tundal estaba bien acomodado en la mesa y bastante bien servido, comenzó a sentirse mal. Servido el primer plato, fue incapaz de levantar la mano y lleno de pánico comenzó a gritar terriblemente mientras el color de su rostro mudaba como si presintiera de cerca la muerte. “Querida Señora”, llamó a la mujer de la casa, “por caridad, encontrad mi hacha y ponedla en mi mano porque de un momento a otro voy a morir. Es tan fuerte este ataque que me ha dado que apenas siento ninguna fuerza en mí. ¡Qué débil siento mi corazón! Seguro que ya me he muerto. ¡Ay, Jesucristo! ¡Tened compasión de mí! Pues ya no hay para mí ninguna medicina en este mundo”. Y justo en el momento en que iba a levantarse, se desplomó al suelo, muerto como la mojada. Cuando aquellos que eran sus amigos se enteraron del suceso, acudieron al lugar sin demora con ánimo compungido para verlo yacer sin vida en el suelo.

Las campanas de la iglesia repicaron para dar la noticia de su muerte y sin pérdida de tiempo se llevaron a cabo los oficios por los difuntos. Rápidamente fue despojado de todas sus vestiduras mientras yacía muerto y gélido como el hielo, mas, escuchad, su lado izquierdo aún se mantenía caliente hasta el punto de que algunos creyeron que no estaba muerto del todo, por lo que no quisieron moverlo de aquel lugar. Y el caso es que no se le movió de donde estaba desde las 3:00 de la tarde del miércoles hasta el sábado después de las 12:00 del mediodía. Pero escuchad, escuchad ahora lo que le sucedió a su alma. Cuando Tundal cayó muerto al suelo, el alma salió disparada de su cuerpo y se encaminó hacia un oscuro lugar. ¡Qué sola y desgraciada llegó a encontrarse esa pobre alma allí! ¡Y cuánto lloró y lamentó su desgracia! Tundal pensó entonces que había sido condenado para siempre y que nunca jamás regresaría su alma al cuerpo debido a los pecados que había cometido en vida y que jamás lograría mantener ocultos. Estaba tan asustado por todos los terribles tormentos y castigos que vio en aquel lugar que deseó fervientemente con todo su corazón estar vivo o, por lo menos, poder regresar a su cuerpo de nuevo, pero algunas almas han de sufrir más que otras, tal y como nos cuenta esta historia.

Passus I

Mientras el alma de Tundal se hallaba confusa, vio aproximarse un grupo de horribles demonios de aspecto aterrador que venían saltando y mostrando los dientes como lobos salvajes. Al verlos, quiso Tundal salir huyendo del lugar donde se hallaba, pero no supo adónde. Los horribles demonios se aproximaron a él. Ya os podéis imaginar cómo estaba su alma. Por causa del miedo ésta se descompuso por completo, y no es de extrañar. Tuvo la sensación de que los demonios lo habían abierto en canal de arriba abajo. “¡Qué demonios tan horripilantes!”, pensó, mientras la tierra temblaba a sus pies.

Sus cuerpos eran negros y nauseabundos y no cesaban de emitir terribles aullidos. Sus ojos eran grandes y brillaban como el fuego. Eran coléricos e iracundos y sus bocas eran enormes cuando se abrían de par en par al escupir fuego. Los labios colgaban de la barbilla; sus dientes eran largos y sus gargantas muy anchas. Tenían garras muy largas en los pies y en las manos, cuernos grandísimos y colas ponzoñosas. Las garras estaban afiladas como el acero fundido; y sus cuerpos despedían la pestilencia más nauseabunda. En algunos momentos hacían uso de las garras para arañarse entre ellos en la cara y pelear sin tregua hasta hacerse pedazos.

¡Qué visión más terrible! En el mundo no había nadie que pudiera describir una visión tan espantosa y atroz. Los demonios miraron a Tundal de la manera más feroz posible y comenzaron a gritarle mientras le decían: “Acerquémonos a este espíritu de maldad que ha seguido siempre nuestros malvados consejos y cantémosle una canción de muerte. Prestad atención, criatura desgraciada y pecadora, se ha preparado para vos un lugar en el infierno, pues ahora sois nuestro compañero. Sois un hijo amado de la muerte, amigo del fuego y de la oscuridad para siempre, y enemigo de toda luz; así pues, os vendréis con nosotros. Desgraciado, estos son los compañeros que elegisteis para vos en vida; por lo tanto, vendréis con todos nosotros para vivir en el infierno para siempre. Habéis sido falso e inconstante; lanzasteis contra otros graves calumnias; disfrutasteis con disputas y peticiones; fuisteis lascivo y, con frecuencia, cometisteis adulterio además de otros pecados tales como la soberbia, la envidia, la avaricia y la gula. ¿Por qué no renunciasteis a vuestra perfidia en vida mientras gozasteis de poder? ¿Dónde se halla ahora toda vuestra vanidad y riquezas? ¿Dónde, todo vuestro inmenso poder? ¿Dónde está vuestra pompa y soberbia? Es imposible que podáis ocultar vuestra maldad. ¿Dónde está vuestra fuerza y poderío, vuestra armadura adornada tan a la moda? ¿Dónde está vuestro oro y vuestros tesoros? ¿Dónde quedan aquellas propiedades y posesiones vuestras que en vida pensasteis que os iban a sacar de cualquier apuro y que ahora de nada os han de servir? Lo cierto es que jamás amasteis ni a Dios ni a la Santa Madre Iglesia ni jamás hicisteis ninguna obra de caridad. Nos reímos todos de vos porque nada que haya de valioso en la tierra, incluyendo todos los maitines o misas del mundo, os podría librar de las penas del infierno, en donde habréis de permanecer para toda la eternidad. Ni siquiera os molestasteis en confesar vuestra maldad a ningún sacerdote. En definitiva, pobre desgraciado, en vida nunca suplicasteis ni llorasteis, por lo tanto, no hallaréis compasión en ninguno de nosotros”.

Y dicho esto, allí se quedó el alma, en un lugar oscuro como la noche misma. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que pudiera contemplar una estrella resplandeciente. Tundal se fijó atentamente en esa estrella y se sintió reconfortado pues pensó que, por el poder de su creador, obtendría alguna ayuda. Se trataba del ángel guardián que habría de poner fin a su desgracia. Este se acercó a Tundal y le saludó cortésmente. Hecho esto, el ángel le habló con un tono de voz muy dulce: “Tundal, ¿Qué haces aquí?” Cuando Tundal escuchó pronunciar su nombre y contempló todo el resplandor del ángel, se sintió alegre, comenzó a llorar y pronunció las siguientes palabras: “¡Oh, dulce Padre, tened piedad de mí! Estos espantosos demonios quieren arrojarme al fuego del infierno por mis pecados”.

Entonces le respondió así el ángel brillante: “Vaya, ahora me llamáis padre. ¿Y por qué no os inclinasteis antes ante mí? Nada más nacer vos me convertí en vuestro guardián mañana y tarde pero jamás reparasteis en mí, ni consentisteis en que ninguno de mis compañeros fuese vuestro guía”. Al oír esto, Tundal suspiró amargamente y dijo: “Señor, es la primera vez que os veo y escucho hablar. Nunca supe de vuestros deseos”. Entonces el poderoso ángel tomó presa a una de esas horribles criaturas, quizá la más horrible de todas ellas, y dijo: “Pero bien qué conocisteis a esta criatura que tengo en la mano, y bien que la seguisteis por el camino del mal en todo momento, y sin embargo, en mí jamás confiasteis. De todas formas, aunque no os lo merecéis, Dios es misericordioso, y por lo tanto, su infinita misericordia os ha de salvar. Pero quiero dejaros muy claro que os espera una lucha muy dura”. Al oír esto, Tundal se alegró mucho, aunque su alegría le duró poco pues en seguida sufriría y sería testigo de horribles tormentos; tormentos que pudo contar al regresar su alma de nuevo a su cuerpo. Pero de momento, sacó el ángel a Tundal de allí, pues le pareció que ya había pasado bastante miedo. Y

Cuando comprendieron los crueles demonios que Tundal no iría al infierno con ellos, comenzaron a rugir, a gritar y a blasfemar contra Dios Todopoderoso: “Vos, Dios, no sois para nada la Suprema Justicia. Sois un mentiroso además de injusto. Dijisteis que daríais a cada cual según sus actos en la tierra. Y Tundal nos pertenece al habernos servido día y noche pecando terriblemente durante muchos años de su vida. Si lo perdemos, nos haréis mucho mal”. Y continuaron rugiendo, gritando y lamentándose enormemente de que Tundal se les escapara. Entonces comenzaron a pelearse entre ellos haciendo uso de sus afiladas garras. ¡Oh! ¡Qué olor tan repugnante despedían tales criaturas! Y sin más, el ángel le pidió a Tundal que lo siguiera, y Tundal le respondió con una profunda tristeza: “Señor, si voy detrás vuestro, me condenaré sin remedio, pues los demonios me arrancarán de vuestro lado y me conducirán con ellos al infierno, y entonces jamás podréis rescatarme de nuevo”.

Pero el ángel le respondió: “No tengáis miedo. No pueden apartarme de vuestro lado. Hay más demonios aquí de los que pensáis, demonios con sus garras muy cerca de vos. Pero mientras se halle Dios entre nosotros, no nos causarán ningún daño. Además, os podrá servir de protección la profecía de David que dice que aunque veáis aparecer miles de demonios a vuestra izquierda y miles de demonios a vuestra derecha, ninguno de ellos se os acercará, aunque tengáis que verlos a cada rato y aunque tengáis que ser testigo de los tormentos que se infligen a las almas de acuerdo con los pecados cometidos”.

Passus II

Después de relatar la profecía de David, el ángel condujo a Tundal por una entrada oscura. No había ninguna luz excepto la que emanaba del propio ángel. Contemplaron un valle profundo que estaba muy oscuro y que turbó bastante a Tundal. Al verlo con más detenimiento, éste comenzó a temblar, pues le pareció ver en él una lúgubre morada de la que provenía un olor nauseabundo.

En el suelo se percató, además, de que había carbones ardientes que nunca se apagaban y encima de los mismos observó que había un largo y enorme hierro candente de 184 centímetros de espesor, por encima del cual se alzaba el turbador fuego. ¡Qué horrible tormento podía infligirse con él! El calor que emanaba de ese hierro era todavía más intenso que el producido por todo el fuego que allí ardía. Como ya habéis escuchado, el fuego no se consumía jamás y el pestilente hedor que procedía de él era cada vez mayor. Jamás hubo nadie en la tierra que fuera capaz de imaginar el dolor tan horrible que allí se infligía. Encima del hierro candente colocaban los demonios a las almas pecadoras para quemarlas entre un espantoso y pestilente olor y fundirlas como la cera en una olla. ¡Cómo corrían las almas en medio del fuego y por todo el hierro candente! Como la cera a través de un paño ardían las almas, luego se fundían, y finalmente volvían a su forma original para ser quemadas y fundidas de nuevo.

Entonces le dijo el ángel a Tundal: “Sed testigo de todo el dolor que hay en este lugar. Este castigo está reservado a aquellos que asesinaron a su padre o a su madre, o para quienes consintieron en la muerte de un ser humano. De este tormento no se librarán jamás estas desgraciadas almas, pues es un castigo eterno. Y además, este no será el único castigo que experimentarán. Y a vos os digo que, aunque lo merecéis de sobra, no padeceréis esta tortura”.

Passus III

Tundal y el ángel resplandeciente dejaron atrás aquel tormento y llegaron a una enorme y elevada montaña. Allí escuchó Tundal gritos llenos de dolor y de espanto. Una parte de la montaña parecía estar cubierta de humo y fuego. Además, era oscura, aterradora y olía a brea y a azufre. En la otra parte había escarcha y nieve y soplaban fuertes vientos seguidos de numerosas tormentas. En aquel lugar le tocó a Tundal contemplar a muchos malvados demonios y escucharlos rugir con gran cólera. En las manos llevaban enormes tridentes, tenazas y pinchos candentes con los cuales pinchaban y arrastraban de la manera más cruel posible a las desgraciadas almas que allí se encontraban. Primero las sacaban del fuego y después las arrastraban hacia la gélida nieve, y de ahí las arrojaban al fuego de nuevo. Su tormento se alternaba entre el fuego y el frío, y así una y otra vez, una y otra vez. “Este tormento”, dijo el ángel resplandeciente, “está reservado para los ladrones o para quienes se apropian de los bienes de los demás en contra de su voluntad por medio de engaños y tretas”. Y después de ser testigos de ese terrible tormento, ambos personajes continuaron su viaje a través del purgatorio.

Passus IV

El ángel iba siempre delante de Tundal. Este, por temor, caminaba detrás de él. Anduvieron un tiempo hasta que llegaron a otro valle que era oscuro y profundo, y cuya visión causaba verdadero espanto al alma. ¡Valle como aquel jamás se halló en la tierra! Desde lo alto era imposible distinguir el fondo y escuchad bien, procedente de él escucharon gritos y gemidos llenos de horror. De su foso le pareció percibir un nauseabundo hedor a brea y a azufre. No es de extrañar, pues en él ardían muchísimas almas. Tundal consideró aquel tormento como el más terrible

de todos los que había visto hasta entonces. El foso estaba situado entre dos montañas y en su cima contempló un puente que iba de un lado a otro y que medía mil pasos de largo y un pie de ancho. El puente estaba siempre en constante movimiento. Era imposible que alguien pudiera cruzarlo, ni letrado ni iletrado, ni doncella ni esposa, a excepción, claro está, de los santos varones de vida perfecta. Y debido a lo estrecho que era vio caer de ese puente a muchas almas. Nadie sería capaz de cruzarlo excepto un sacerdote peregrino que llevaba en la mano una palma y vestía la capa del peregrino. Tan pronto como llegaron al fondo del valle, Tundal se dio cuenta de que tenían que cruzar el puente y le dijo al ángel: “Nunca tuve tanto miedo como hasta ahora, pues no sé cómo voy a cruzar este puente”. Y el ángel le respondió: “No tengáis miedo de lo que veis. Os libraréis de este tormento, pero habréis de sufrir otros tantos. Y dejad que os diga que este tormento está reservado para los soberbios y jactanciosos”. Al decir esto, el ángel tomó de la mano a Tundal y le ayudó a cruzar el puente, de lo cual éste se alegró mucho.

Passus V

A continuación, Tundal y el ángel se pusieron en marcha por un camino muy oscuro sin saber aquel hacia dónde se dirigían exactamente. Al final del camino llegaron a un lugar iluminado donde Tundal vio algo ciertamente espantoso, algo así como una bestia que era más grande que la montaña que habían visto, y con unos ojos que sobrepasaban los valles que habían cruzado. Su enorme boca albergaba nueve mil criaturas fuertemente armadas y de sus larguísimos colmillos pendían dos gigantes. La cabeza de uno colgaba boca abajo y la del otro, boca arriba. En medio de la boca estaban situadas dos columnas a cada lado que servían para mantenerla abierta. Las columnas estaban separadas entre sí. Su boca se dividía en tres partes a modo de tres puertas abiertas. ¡Qué horror! De la boca emanaban enormes lenguas de fuego que tenían un olor nauseabundo y de ella salían horribles lamentos de miles de almas. ¡Y cómo se lamentaban y gritaban en su dolor! ¡Qué fuertes eran sus gritos de espanto! Sufrimiento tal era imposible de describir.

Delante de la boca podían verse a miles de crueles demonios arrastrar con violencia y con varas candentes a las desgraciadas almas a su tormento. Cuando Tundal hubo contemplado a la bestia y a todos esos crueles espíritus y hubo escuchado todos esos horrendos gritos, preguntó al ángel resplandeciente: “¿Qué significa esa horrenda visión?” El ángel le respondió: “La bestia se llama Aqueronte y más vale que nos marchemos si queremos llegar al final de nuestro camino. Nadie puede librarse de este tormento excepto los varones de vida perfecta. Esta enorme bestia está destinada a tragarse a los avariciosos que en la tierra se mostraron soberbios y crueles y nunca creyeron tener suficiente, sino que quisieron tener más y más, y ahora sus almas se arrepienten enormemente de ello por todo lo que sufren. Está escrito en la profecía que la bestia se tragará a los avariciosos. Eterna es la sed de la bestia, pues todas las aguas que corren por el este o el oeste no bastan para aplacar su sed. Así pues, este tormento se ha dispuesto especialmente para los avariciosos a los que nunca les pereció tener suficiente en la tierra ni estuvieron satisfechos con lo que Dios les dio en la tierra por su divina gracia. Por ello sufren grandes penas aquí, porque cuanto más tenían en vida, más codiciaban.

En cuanto a los gigantes que veis y que cuelgan entre dos colmillos tan elevados, Dios los castigó por no acatar sus leyes, sino las suyas propias. Uno se llama Forcusno y el otro Canallus”. Entonces habló Tundal: “¡Ay! ¡Qué tormento tan espantoso sufren aquellos que nunca saldrán de aquí”. Y el ángel le respondió: “Y vos poca dicha tendréis, pues en la tierra fuisteis avaricioso como ellos”. Después de decir esto, se marcharon y en contra de la voluntad de Tundal, se colocaron delante de la bestia. El ángel desapareció y Tundal se quedó entonces solo. Y no es de extrañar, por lo tanto, que fuera presa del pánico. ¿Quién no lo estaría? Los horrendos demonios corrieron hacia él, lo cogieron, lo ataron y lo lanzaron hacia el interior de la bestia. Allí permaneció durante un tiempo y allí fue golpeado por los crueles demonios, mordido por salvajes leones, despedazado por dragones, y sus miembros hechos trizas por víboras y serpientes ponzoñosas. Después su tormento se alternó entre un fuego ardiente y un intenso frío causado por el hielo. ¡Ay! ¡Cómo ardían las lágrimas de sus ojos! ¡Cuánto sufrió Tundal entre un intenso hedor a azufre! ¡Cuántos tormentos se le aplicaron! Además, en su lucha por verse libre comenzó a desgarrarse las mejillas.

Allí se le castigó por cada uno de los pecados cometidos. Ninguno de ellos quedó sin salir a la luz. Y su desesperación y dolor fueron tan intensos que jamás pensó que había muerto. Pero, atención, sin saber cómo, y algo confundido por la experiencia vivida, Tundal se vio libre de ese espantoso tormento. ¡Qué alegría entonces la suya! Por un tiempo permaneció inmóvil, como si estuviera muerto, y poco después se puso en pie. Y he aquí que delante de él vio al ángel resplandeciente. Su luz lo reconfortó enormemente. El ángel tocó a Tundal y le infundió ánimo. Entonces éste comenzó a sentirse mejor y a amar a Dios en medio de un llanto amargo. Pasado este tormento continuaron su viaje.

Passus VI

Al cabo de un tiempo llegaron a un espantoso lago en el que les pareció escuchar ruidos horripilantes. Sus olas alcanzaban una altura extraordinaria y en su interior moraban gigantescas y crueles bestias de enormes y resplandecientes ojos como teas ardientes que, en ambos lados, esperaban al acecho a las almas, sus presas. Encima del lago, Tundal observó un largo y estrechísimo puente de unas dos millas de largo y apenas la anchura de una mano que había sido construido con afilados pinchos de hierro y acero. ¡Cuánto dolor podían causar esos pinchos! ¿Quién no se dañaría los pies sin cruzar ese puente? Las horrendas bestias de aquel lago solían acercarse al puente para tratar de atrapar a las presas que pudieran caer del mismo. Esas bestias estaban siempre dispuestas a engullirlas. El ruido que provocaban era espantoso y podía atemorizar a cualquiera. ¡Y qué enormes que eran! Las desafortunadas almas que caían al lago constituían su sustento.

Tundal pudo ver esas bestias muy claramente y cómo de sus bocas emanaba fuego que hacía que el agua del lago estuviera siempre hirviendo. También vio a un hombre encima del puente que llevaba una gavilla de grano sobre la espalda y que lloraba amargamente por los pecados que había cometido. Los pinchos se clavaban en sus pies mientras caminaba por él y tenía mucho miedo de caerse, pues las

bestias estaban siempre al acecho, dispuestas a devorarlo. Tundal preguntó al resplandeciente ángel: “¿Qué significa esta visión?” Y el ángel le respondió: “Ese tormento está reservado a quienes se han apropiado de la riqueza de otros hombres o de la Santa Madre Iglesia, ya sean letrados o iletrados, o para quienes han causado algún grave perjuicio a sus semejantes. Aunque, bien es verdad, que algunos reciben más castigo que otros en función de sus pecados. Os lo digo porque hay muchos hombres que les tiene sin cuidado el daño que puedan causar a los demás y nada les impedirá destruir iglesias. Y también los hay que son inconstantes y desleales; que roban y se apropian de las pertenencias de la Santa Madre Iglesia. ¡Ay de aquellos que pequen dentro de un santuario o saqueen un templo sagrado porque cometerán sacrilegio y por lo tanto, serán castigados en este tormento! Aquel hombre que veis en el puente con una gavilla a su espalda y llorando amargamente robó parte de los diezmos a la Santa Madre Iglesia. Así pues, debe pagar su mala conducta en este tormento. Y ahora preparaos vos, pues tenéis que cruzar ese puente llevando una vaca salvaje. Y tened cuidado de que no se os caiga, porque cuando paséis esta prueba, me la habréis de entregar de nuevo sana y salva. Es un castigo que se os ha impuesto por haber robado en vida la vaca de un amigo vuestro. Tundal respondió con el ánimo turbado: “¡Piedad! Si yo cogí su vaca en contra de su voluntad también es verdad que se la devolví después”. “Así fue”, respondió el ángel, “pero lo hicisteis porque no pudisteis llevárosla con vos. No obstante, y considerando que vuestro amigo la recuperó de nuevo, sufriréis el menor tormento posible. Cada mala acción, ya sea más grave o menos grave, deberá ser castigada, pues a Dios Todopoderoso no le agradan ni las malas acciones ni los malos pensamientos”.

Dicho esto, esperó entonces Tundal de mala gana a que se le entregara la vaca. Pero era necesario que cogiera la vaca y tratara de cruzar el puente con ella, a pesar del mal trago de tener que pasar por ello. Pero no había más remedio. Había que acatar la orden del ángel y punto. De manera que cogió la vaca por los cuernos tratando de no hacerla daño y se dirigió hacia el puente. Cuando ya estaba encima de él sucedió que el animal se negó a cruzarlo. Mientras tanto las bestias seguían apostándose debajo del puente en espera de capturar una presa. Y ¡jojo! A punto estuvieron Tundal y la vaca de caerse al lago. ¡Qué miedo sintió entonces Tundal! ¡Y cuánto le costó llegar con la vaca a la mitad del puente! En definitiva, ¡qué mal lo pasaron los dos! Y por si fuera poco, en tan estrecho puente Tundal se encontró de frente con el hombre que llevaba la gavilla de grano a su espalda. Qué gran problema, por lo tanto, para estos dos, pues ninguno se atrevía, por todo el oro del mundo, ni a retroceder ni a mirar atrás del miedo que sentían. Los afilados pinchos se clavaban en sus pies y los hacían sangrar terriblemente. La sangre caía por ambos lados del puente hacia el lago.

Pero entonces sucedió que el hombre de la gavilla le pidió a Tundal que lo dejara pasar. “No puedo hacerlo”, dijo Tundal, “ni tampoco puedo continuar mi camino por vuestra culpa”. ¡Ay! ¡Cuán amargamente lloraron los dos! ¡Cuánto sufrieron, dado que ninguno podía dejar pasar al otro. Y de pronto se le apareció el ángel a Tundal que permanecía inmóvil sujetando la vaca con una mano. El ángel lo sacó de allí, le ordenó que dejara suelta a la vaca y le dijo: “Tranquilizaos ahora. Ya no tendréis que cruzar el puente con la vaca”. Tundal mostró al ángel sus maltrechos

pies y le dijo: “Señor, ya no puedo caminar más”. Entonces le respondió el ángel: “En verdad vuestro camino ha sido difícil y doloroso”. Y al tocar el ángel los pies de Tundal, éstos se curaron en seguida. “Bendito seáis”, dijo Tundal, “pues me habéis quitado el dolor”. Y el ángel le dijo: “Debéis saber que os espera un tormento terrible en un lugar repleto de almas del que no podré sacaros y al que habréis de ir irremediamente”.

Passus VII

Tundal continuó su viaje acompañado del ángel por los caminos solitarios y oscuros del purgatorio a los que hace referencia la Biblia. Al cabo de un rato, vio delante de él una casa más grande que una montaña. La casa tenía forma de horno, y su abertura era bastante amplia. De la misma salía fuego y un pestilente hedor. El fuego era enorme y peligroso y alcanzaba una altura considerable. Las almas que ardían en su exterior habían sido traídas por los espíritus malvados. Y cuando Tundal terminó de contemplar esa visión, le dijo al ángel resplandeciente: “Heme aquí contemplando las puertas de la muerte, preludio de un lugar más sombrío que éste. ¡Ay! ¿Quién me libraré de este castigo? Sé que tendré que permanecer aquí por toda la eternidad.” El ángel de bondad le respondió: “Saldréis de este lugar”. Y Tundal respondió: ¡Cuán “poderoso es aquel que, por la gracia de Dios, puede sacarme de este lugar!” Y el ángel le contestó: “Tundal, no temáis. Os conviene estar en esta casa. El fuego no os destruirá.”

Y en cuanto Tundal se aproximó a la casa vio a muchos siniestros carniceros que se hallaban en medio del fuego llevando en las manos afiladas herramientas. Algunos tenían hoces, cuchillos y sierras; otros, picas, gruesas hachas, taladros, cuchillas de azadón, guadañas y afiladas horcas que utilizaban para castigar a las almas. El aspecto de las herramientas era, a la vista, absolutamente aterrador. Había otros carniceros, sin embargo, que llevaban espadas, ganchos y enormes hachas que parecían estar muy afiladas. Aquella visión causó en Tundal una fuerte impresión, especialmente por la forma en que los demonios golpeaban a las almas hasta despedazarlas por completo. Algunos destrozaban sus cabezas, otros los muslos. Los había que gustaban de desmembrar los brazos mientras que otros arrancaban las piernas a la altura de las rodillas. Otros, no obstante, deshacían las almas en pequeños pedazos para después volver a recomponerlas con el fin de despedazarlas posteriormente de nuevo. Tundal pensó que aquél era uno de los tormentos más horribles y le dijo al ángel: “Señor, libradme de este castigo, os lo ruego, pues es, a todas luces, espantoso. Prometo que sufriré de buena gana el resto de los tormentos que me están reservados”. Pero el ángel le respondió a Tundal: “Ya sé que es horrendo este castigo, pero es necesario que lo sufráis así como otros muchos que veréis más adelante.” Y es que de todos los tormentos que había visto Tundal hasta entonces, ese fue el que más le sobrecogió. Sin embargo, poco después vio otro que le impactó más aún.

Vio un terrible perro de caza que habitaba en aquella siniestra casa. ¡Qué miedo tuvo Tundal de ese perro! Nunca había sentido tanto miedo como hasta ahora. Cuando vio al perro, rogó al resplandeciente ángel que le librara de entrar en ese horrendo lugar infernal. Mas el ángel no estaba dispuesto a atender su súplica por

nada del mundo. Los malvados espíritus que se hallaban en su interior le rodearon con gran estrépito con todas sus siniestras herramientas y utensilios. Entre todos cogieron a Tundal y lo despedazaron en pequeños trozos, y luego lo volvieron a recomponer. ¡Ay! ¡Cuántos lamentos y quejidos vio y escuchó en aquella casa cuyo dueño se llamaba Preston! El fuego que vio en su exterior consumía todo lo que allí había. Escuchó los lamentos y llantos de los que habían cometido pecado de gula al no poder ver saciada su hambre. Vio a hombres y mujeres sufrir mucho al ser torturados en los genitales y al ser mordidos entre los muslos. Vio también a muchos falsos religiosos cuyos miembros eran mordidos y devorados por dentro y por fuera por horrendas alimañas. Tundal pudo reconocer muy claramente a algunos de ellos, que, por cierto, tenían bien merecido su castigo. Y antes de lo esperado, Tundal salió de ese tormento sin saber cómo, de lo cual se alegró mucho. Al rato se quedó en un lugar oscuro llamado la caldera del miedo. Apenas pudo ver nada hasta que sintió aparecer al ángel ante sí. Entonces le dijo: “¡Ay! ¿Dónde está esa palabra escrita que dice que la misericordia de Dios estará por encima de todas las cosas? De ello no he visto ninguna señal. Entonces respondió el ángel: “Esa palabra suele engañar a muchos. Aunque Dios está lleno de poder y misericordia, debe impartir justicia. Sin embargo, perdona mucha más maldad en proporción a la justicia que imparte. El tormento que habéis sufrido ha sido poco. En justicia deberíais haber sufrido más”.

Al oír esto, Tundal se arrodilló y agradeció a Dios su creación. Después le dijo el ángel a Tundal: “¿Qué pasaría si Dios perdonase todos los pecados que ha cometido el hombre sin que éste sufra castigo alguno? Entonces el hombre no necesitaría hacer el bien. Sin embargo, si hay sincero arrepentimiento, Dios no suele vengarse de quienes han sido malvados, han cometido algún pecado o no han hecho penitencia en sus cuerpos. Por su misericordia, os lo aseguro, puede el hombre hallar la salvación. Además os diré que aunque el alma tenga que sufrir algún castigo, Dios no se olvida de quitar en ocasiones sus bienes a muchos hombres que se han mostrado desagradecidos con EL con el propósito de disminuir así su castigo. De este modo sus almas sufrirán menos cuando mueran y más pronto pasarán del purgatorio al cielo. Entended, por otra parte, que en el mundo no hay, según creo, quien esté libre de pecado, ni siquiera los niños, la verdad sea dicha. Quienes hayan nacido y muerto hoy no se verán libres ni del castigo ni del miedo, aunque no hayan de sufrir mucho. En definitiva, los hombres deberían esforzarse en amar más a Dios con el fin de escapar del castigo, en especial quienes han sido condenados en el infierno por su maldad. Que triste es recordar que aquellos que hayan visto la gloria celestial y hayan sido condenados sufrirán más por lo que han visto en el cielo que por todos los tormentos habidos en el infierno, sobre todo cuando sean conscientes de la dicha celestial que dejaron escapar por toda la eternidad. El sacerdote peregrino al que visteis cruzar el puente fue testigo de todos los tormentos, mas ninguno de ellos padeció, pues siempre amó a Dios Todopoderoso y siempre le sirvió bien hasta obtener su recompensa: un trono de gloria junto a Dios”. Cuando el ángel terminó de decir estas palabras para animar a Tundal, cogió a éste y se lo llevó por otro camino por el que éste fue con sumo cuidado.

Passus VIII

Más adelante Tundal y el ángel se toparon con otra bestia espantosa y cruel de la que Tundal se asustó mucho. Era una bestia que tenía dos alas negras a cada lado del lomo y en sus patas garras de hierro y acero muy afiladas. El cuello era largo y pequeño, y la cabeza enorme. Los ojos eran grandes y ardían como el fuego. La boca era más bien ancha, con labios gruesos y de la misma salía abundante fuego que dudo mucho alguien pudiera apagar. La punta del hocico era de hierro. La bestia estaba situada en medio de un gélido lago rodeado de hielo. Allí las almas que moraban en él eran víctimas de una gran angustia y pesar. La bestia era cruel y voraz y se dedicaba a engullir todas las almas que podía, y una vez dentro, éstas eran castigadas por sus pecados.

En un gran fuego ardían sin ser consumidas del todo y después se las sacaba de allí para que su tormento volviera a empezar. Del dolor y del sufrimiento que padecían se volvían negras y azules. Lloraban como las mujeres mansas y de ánimo apacible cuando dan a luz un niño. Horrible era su tormento debido a los pecados que habían cometido. En el interior de esas almas habitaban horrendas serpientes y otras alimañas que las mordían dolorosamente. Los gritos de espanto de las almas casi podían escucharse en todo el infierno. Gritos como esos, provenientes de hombres y mujeres, nunca se habían escuchado antes.

Las serpientes salían no sólo de sus genitales, sino de todos sus miembros: de la cabeza y los pies, de las espaldas y costados, de los brazos y las piernas, de los úteros y pechos, y de todas las partes que hallaban. Y lo hacían con gran rapidez, sin dejar libre ni carne ni hueso. Las serpientes eran enormes y largas, con cabezas de hierro. Tenían bocas que ardían como el fuego y lenguas candentes y pegajosas. Sus colas estaban dotadas de pequeñas púas y puntas semejantes a los ganchos de los pastores. Cuando penetraban por los agujeros que habían abierto, les resultaba imposible sacar afuera sus colas, que se enganchaban firmemente como garras torcidas por lo que no tenían más remedio que girar las cabezas desgarrando a su paso cuantos miembros podían. Mordían y corroían a sus víctimas desde dentro sacando de los cuerpos los entresijos. Devoraban las cabezas por dentro y por fuera, y como digo, siempre resultándolas imposible sacar sus colas afuera. Cuando tiraban de sus colas como ganchos, se volvían y mordían. Mordían de la cabeza a los pies arañando, rayendo, despellejando y picando. Los espantosos gritos de las almas torturadas podían haberse escuchado hasta en el cielo.

No dejaban de llorar de angustia y dolor y lamentar amargamente los pecados cometidos en vida. Era imposible que pudieran librarse de ese castigo, pues una vez terminado, volvía a empezar de nuevo una y otra vez. Entonces Tundal le dijo al ángel resplandeciente: “Señor, ¡Qué escena tan espantosa! Ese es el castigo más horrible de los que he visto hasta ahora”. Y el ángel le respondió: “Tundal, este castigo está reservado para los hombres de religión que no supieron cumplir con sus votos; para monjes, canónigos, sacerdotes y clérigos, y, en general, para los hombres y mujeres de la Santa Madre Iglesia que se dejaron llevar por la lujuria y otros pecados y no acataron como debieran las reglas de sus respectivas órdenes al inclinarse por una vida desordenada al margen de ellas. Eterno será su castigo a

menos que se enmienden. Y en cuanto a vos, Tundal, por vuestra lujuria padeceréis todo aquello que habéis visto.”

Cuando el ángel terminó de decir esto, los demonios, que eran espantosos de ver, condujeron a Tundal al interior de la bestia y allí fue castigado; allí fue torturado hasta la saciedad y quemado en fuego ardiente. Después la bestia lo expulsó de ella. Estaba hinchado y como si estuviera a punto de reventar. En su interior había infinidad de serpientes. Entonces apareció el ángel delante de sí con ánimo apacible. Tocó a Tundal con la mano y lo libró de ese castigo. Y después le dijo: “Venid y seguidme, pues os conviene ver otros castigos”. Y sin muchas ganas Tundal se dispuso una vez más a seguir al ángel. Al cabo de un rato llegaron a un camino oscuro que desagradó profundamente a Tundal, pues allí no había más luz que la que provenía del ángel resplandeciente. El camino era, además, estrecho e interminable. Era el peor de todos los que habían recorrido hasta entonces. Apenas podían caminar por él de lo estrecho que era y a Tundal le pareció que cuanto más caminaba por ese camino más largo e interminable se hacía. De pronto Tundal sintió un hedor pestilente y comenzó a sentirse muy mal. Suspiró y rompió a llorar amargamente.

Después le preguntó al ángel: “Señor, ¿A dónde conduce este camino? Creo que no tiene fin.” Y el ángel le respondió cortésmente: “Este es el camino que conduce a los muertos”. Tundal le dijo: “¿Cómo puede ser eso? En la Biblia puede leerse que el camino que conduce a la muerte es muy ancho y grande. Este, sin embargo, es un camino largo y estrecho”. Y el ángel le respondió: “Bien sé que la Biblia no habla sino del camino de la impureza y de la lujuria carnal que es mortal. ¡Ay! Los hombres suelen recorrer con ligereza ese camino hacia la muerte eterna”.

Passus IX

Prosiguieron Tundal y el ángel su viaje por aquel camino oscuro hasta llegar a un profundo valle. ¡Qué poco le gustó a Tundal lo que allí vio! En el valle había muchas forjas así como innumerables herreros que iban por todas partes de aquí para allá sosteniendo martillos y tenazas candentes en las manos. Qué espantosos eran aquellos herreros de cuyas bocas salía humo. Las forjas contenían en su interior muchas almas que lloraban y gritaban desconsoladamente y que arrojaban al fuego los herreros para golpearlas después con los martillos con gran violencia. El jefe de la forja era audaz y se llamaba Vulcano. “¡Mirad allá!”, dijo el ángel, “por medio de sus tretas aquella criatura ha hecho que los hombres cometan toda clase de pecados ignominiosos por los cuales, tras su muerte, serán castigados en este lugar.”

Tundal preguntó: “Gentil Señor, ¿Sufiré yo también la tortura de estos demonios como los otros pecadores? Y el ángel le respondió: “Tundal, vos también habéis pecado de modo que tendréis que padecer aquel mismo castigo.” Y al llegar a una de las forjas, los torturadores comenzaron a correr hacia Tundal con atizadores y tenazas candentes. Entre todos lo prendieron y se lo llevaron, dejando solo al ángel. Después lo arrojaron a la forja, en el centro del fuego, como a ellos les gustaba más.

Seguidamente avivaron el fuego con fuelles como se hace con el hierro recién fundido y junto con miles de almas Tundal comenzó a arder también. Algunas de aquellas almas se volvían flácidas como el agua fresca, otras se fundían como el plomo, y otras ardían como el hierro. Y una vez más arrojaron con fuerza y a toda prisa a la forja a unas mil lastimeras almas que eran golpeadas sin piedad por frenéticos martillos de hierro. Escuchad bien, mil almas juntas eran vapuleadas salvajemente en una enorme olla tal como hacen los hombres cuando tratan de templar el hierro y el acero. Qué tormento más horrendo y prolongado, aunque no causara la destrucción de las almas.

Los torturadores eran horribles y negros y entre ellos discutían qué tormentos debían aplicarse a las almas. Parecían no cansarse nunca con ese terrible trabajo queriendo causar el mayor daño posible. Sin contemplaciones golpeaban a las almas hasta hacerlas pedazos. Y a algunos herreros de una forja próxima se les oyó comentar: “Ya os habéis divertido. Arrojad aquí a las almas. Probemos con ellas.” Y saltaban, rugían, gritaban y pedían que se les lanzaran a ellos las almas de la forja vecina.

Los herreros realizaban su trabajo con gran maestría. Cogían las almas con los ganchos y tenazas candentes que sostenían en sus manos y cuando pensaban que las almas no habían sido golpeadas lo suficiente, entonces las zarandeaban de aquí para allá y volvían a arrojarlas de nuevo al fuego ardiente hasta que casi se habían consumido ya. Pobre Tundal, no pasó mucho tiempo antes de que se le librase de ese castigo en contra de la voluntad de los espantosos herreros, sin embargo, el resto de las almas se quedó allí donde estaban. Y pronto escuchó la voz del ángel que le preguntó cómo se encontraba, y que le dijo así: “Tundal, ahora podéis meditar acerca de hacia dónde os llevaron vuestros pecados en la tierra. Sin duda alguna, merecéis sufrir por todos vuestros desatinos por eso a aquellos demonios de los que se os ha librado se les ordenó que os castigasen a vos y a quienes os siguieron en vuestras locuras.” Tundal se quedó callado sin decir nada, pues casi llegó a perder el juicio debido al castigo recibido. Viendo esto le dijo el ángel: “Os esperan aún por ver grandes castigos, mas si os sirve de consuelo, aunque debéis padecer algunos de ellos, de la mayoría os libraréis. Por el camino os encontraréis con almas atormentadas para toda la eternidad y condenadas por sus malas acciones; almas cuya eterna endecha será siempre “¡Ay, cuanto sufro!”. No obstante, aquellas que buscaron la misericordia de Dios padecieron tales castigos sin sufrir daño alguno.” Al terminar de decir esto, el ángel puso su mano sobre Tundal para que se sintiese mejor y seguidamente prosiguieron su viaje.

Passus X

De súbito se sintió un frío intenso, tan intenso que apenas pudo Tundal mover algunos de sus miembros. Casi estuvo a punto de congelarse. ¡Y qué oscuro estaba todo! ¡Y qué miedo se apoderó de Tundal! Comenzó a temblar de pies a cabeza. Fijaos que el último castigo al que había estado sometido le pareció pequeño en comparación con el que pensó iba a sufrir ahora. Entonces se dirigió al ángel y le preguntó: “Señor, ¿Qué es lo que pasa? Mis pies y manos están entumecidos y apenas puedo mantenerme en pie”. El ángel no dijo nada y Tundal se puso a llorar

debido al miedo que sentía. Apenas era capaz de mover algún miembro de su cuerpo o articulación. Poco a poco el ángel se fue alejando de Tundal y cuando éste ya no pudo verlo, comenzó a desesperarse y no tuvo más remedio que continuar solo por el camino que conducía al infierno.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchara los gritos de dolor de las almas que estaban siendo castigadas y que habían sido condenadas para toda la eternidad por sus pecados y malas acciones. Además, escuchó un enorme estruendo semejante a un trueno. Nadie en la tierra podría jamás imaginar o describir cómo eran los espantosos ruidos que provenían del infierno. Tundal cayó en un profundo estado de ansiedad y comenzó a mirar en todas las direcciones. Siempre que escuchaba esos horribles ruidos le parecía haber sido engullido en lo más hondo del infierno. Cerca de él vio que había un profundo foso del que emanaba un fuego pestilente difícil de soportar y en el que había una inmensa columna rodeada de fuego. Demonios y almas volaban alto y bajo con gran rapidez alrededor de ella como chispas de fuego avivadas por el viento.

Y cuando las almas se habían consumido del todo, caían hechas cenizas al centro del foso. Entonces volvían a recuperar su estado normal con el fin de ser castigadas de nuevo. En ese momento sintió Tundal tanto miedo que quiso dar la vuelta y marcharse, pero no pudo hacerlo, pues era incapaz de mover ni un solo miembro de su cuerpo. A esto se unía el hecho de que se sentía bastante débil y del miedo que tenía casi estuvo a punto de perder el juicio. A pesar de todo, trató de moverse con todas sus fuerzas. ¡Ay! cuánto se lamentó, rugió, y sufrió, pero todo en vano, porque le fue imposible moverse e irse. “¡Ay! ¿Qué debo hacer? Ahora sé con certeza que estoy muerto.” Los malvados demonios que volaban en torno a la columna escucharon los lamentos y llantos de Tundal y se apresuraron hacia él. En las manos sostenían ganchos ardientes que habían fabricado ellos mismos con el fin de castigar a las almas. El grupo de demonios saludó a Tundal y le dijo: “Miserable criatura, estáis rodeado. Estaréis bien con nosotros. Decidnos de dónde venís. Merecéis arder en el fuego por vuestras malas acciones y desatinos. Todavía no habéis sido castigado de verdad. Ahora vendréis con nosotros para morar en el infierno eternamente y en su fuego os mantendremos fresquito. En verdad aprenderéis nuestras costumbres y arderéis para siempre en el infierno ya que nunca habréis de abandonar este lugar. Y no se os ocurra pensar que os vais a librar de este castigo. Viviréis siempre en la oscuridad y jamás veréis la luz. Olvidad que alguien os vaya a ayudar. No habrá compasión. Desgraciado espíritu, os conduciremos a las puertas del infierno por vuestras malas acciones ya que en vida pecasteis y actuasteis en contra de la voluntad de Dios. Os llevaremos hasta nuestro Señor, Satanás, que mora en las profundidades del infierno para que podáis vivir con él. Mal os aconsejó y por eso estáis en este lugar. Y ya es muy tarde para que alguien os saque de él, estad seguro de ello.”

Y todos los demonios juntos dijeron: “Nos llevaremos a esta alma. Arrojámosla a Satanás para que lo devore cuanto antes”. Y una y otra vez continuaron amenazándolo con arrojarlo a Satanás que mora en las profundidades del infierno. Después comenzaron los demonios a hacer un ruido atronador. Sus ojos eran enormes y ardientes como teas. ¡Qué espantosa era su mirada! Sus dientes eran negros, afilados y largos. Sus colmillos grandes y duros. Sus cuerpos eran como

dragones y sus colas como escorpiones. Sus garras eran como afilados ganchos de acero y estaban dotados de enormes alas parecidas a las alas de los murciélagos y siempre que así lo deseaban, las utilizaban para volar alto o bajo. Los demonios gruñeron y comenzaron a sacar sus ojos de las órbitas. Milagro es que no despedazaran a Tundal, pues de súbito apareció el ángel y los demonios salieron huyendo. “Tundal”, dijo, “Habéis pasado mucho miedo, pero alegraos. Habéis dejado de ser el hijo del castigo, para convertirlos en el hijo de la luz. Ahora estáis a salvo. La misericordia de Dios os ha ayudado. Celebrad que el Señor os ha concedido la gracia de que no habréis de sufrir más castigos, sin embargo, ya sabéis que tendréis que ser testigo de otros tantos tormentos. Venid conmigo en seguida. Os mostraré al peor enemigo de la humanidad que se encarga de arrastrar a los hombres al pecado.” Al terminar de hablar el ángel, ambos se pusieron en marcha hasta apostarse a las mismísimas puertas del infierno.

Allí vio Tundal un enorme foso que ni toda la tierra podría llenar del todo. “Venid aquí”, le conminó el ángel resplandeciente. “Seréis testigo de algo espantoso. Acercaos a este foso y mirad hacia abajo. Veréis un terrible demonio a pesar de que el foso está oscuro y no hay en él ninguna luz ni jamás la habrá. En su interior habitan demonios y almas por igual y sobre todo, habita Satanás, que permanece confinado en el infierno por siempre y a quien veréis en seguida. No empero, ninguna de esas almas y demonios os podrá ver a vos.” Por mandato del ángel, Tundal se acercó al foso y miró hacia abajo con mucho miedo. En su fondo vio a Satanás. ¡Qué criatura más repugnante! Y el sufrimiento que se provocaba en torno a éste era tan espantoso que ni siquiera alguien dotado de cien cabezas en un solo cuerpo y de numerosas bocas con cien lenguas cada una podría describirlo. Tundal no perdió detalle de cómo era Satanás y pensó que si tuviera que describirlo no podría hacerlo de lo espantoso que era. Le pareció una bestia horrenda que tenía un cuerpo ancho, grueso y negro como la brea. Pensó, además, que tenía la forma de un hombre enorme y fuerte, de unos cien codos de largo, veinte codos de ancho y diez codos de espesor.

Cuando abría la boca de par en par era capaz de engullir a mil almas de un solo bocado. Delante y detrás de su cuerpo tenía mil manos. Y en cada una de ellas tenía veinte dedos, largos y gruesos, dotados de afiladas garras. Sus garras parecían de hierro, estaban bien afiladas y eran más largas que las lanzas de hierro de los soldados. Tenía muchos dientes con los que trituraba a las almas y una nariz muy larga y muy ancha. Su boca era enorme y tenía labios que colgaban de ella a cada extremo. Su cola era gigantesca, muy larga y muy resistente. Con los afilados ganchos de su cola pinchaba con fuerza a las almas. Satanás estaba situado encima de una plancha candente y debajo de ella había siempre ascuas que numerosos demonios avivaban constantemente con fuelles. En torno a Satanás y en el centro del fuego había muchas almas, tantas que Tundal se preguntó como podía el mundo dar cabida a todas ellas. Después observó que el horrendo Satanás permanecía fuertemente encadenado a esa gigantesca plancha y le pareció que las cadenas estaban rodeadas de latón hirviendo. Y cuando Satanás cogía a las almas, las destrozaba con sus garras tal como hacen los hombres con las uvas al extraer su jugo. Después de hacerlas trizas, las arrojaba al fuego y posteriormente las sacaba de nuevo de allí para que padecieran una y otra vez ese mismo castigo. Tundal

escuchó y vio también como se quejaba Satanás por estar fuertemente encadenado. Cada vez que lo hacía, arrojaba de su boca mil almas al fuego y después las despedazaba.

Pero como ese castigo no parecía ser suficiente, después de despedazarlas y arrojarlas al fuego, las volvía a engullir en medio de un hedor a brea y a azufre. Las almas que no lograba atrapar caían al fuego. Y cuando las almas eran sacadas del fuego, Satanás las golpeaba con la cola con todas sus fuerzas. El sufrimiento que sentían las almas también lo sentía Tundal. Y cuanto más sufrían las almas, más sufría él. Entonces el ángel le dijo a Tundal: “Mirad todo este sufrimiento y dejad que os diga que Satanás, esta horrible criatura que veis ahora, fue la primera criatura que hizo Dios.

Por su soberbia fue arrojada del cielo a esta profunda mazmorra. En este lugar ha sido confinada hasta el Día del Juicio Final. ¡Ay! Y desde el día de su caída, comenzaron las penas para el cielo y la tierra. Algunas criaturas que veis con él son de la rama de Adán y otras son ángeles que fueron expulsados del cielo con él y condenadas para toda la eternidad. Muchos hombres, tanto legos como clérigos que en la tierra desobedecieron las leyes de Dios y amaron el pecado y las malas acciones, llegarán aquí hasta el Día del Juicio Final. Las almas que habéis visto han sufrido todos los castigos posibles antes de ser arrojadas a Satanás para que continúe su tormento. Y todos quienes hayan sido traídos aquí para sufrir permanecerán en este lugar para siempre. Y aquellos que gozaron de un enorme poder en la tierra y que fueron crueles con los pobres e hicieron lo que les vino en gana, tanto el bien como el mal, serán castigados como príncipes del mal por los demonios que sobre aquellos ejercen un gran poder.” Entonces Tundal le dijo al ángel: “Señor, es mejor cumplir la voluntad de Dios. Y una cosa me gustaría saber. ¿Por qué Dios no dio poder a los hombres buenos por cuyas acciones aprenden otros tantos como hizo con los malvados que siempre hacen el mal?” Y el ángel le respondió: “Dios castiga como conviene a los que hacen el mal y no desean ser gobernados por el bien y no permite que los hombres buenos tengan demasiadas posesiones o poder para que no dejen de serlo. Satanás, esta desgraciada criatura, no es el príncipe del bien sino de la oscuridad. Los castigos que habéis visto hasta ahora y que fueron reservados para los pecadores son pocos en comparación con los suyos.”

“En verdad así es”, dijo Tundal. “y dejad que os diga que por todo lo que estoy viendo ahora siento más miedo que antes. Por lo tanto, os ruego que me saquéis de aquí. En la tierra traté de cerca a algunos de los hombres que he visto aquí. Mirad las profundidades en las que moran. Aunque no deseo su compañía, yo también soy merecedor de sufrir sus mismos castigos y de morar para siempre aquí con ellos a menos que Jesús tenga piedad de mí”. El ángel escuchó las palabras de Tundal y le dijo con semblante apacible: “Ahora os considero un alma bendecida, pues habéis pasado todos los castigos. Dejad ya de tener miedo. Hasta este momento habéis sido testigo del dolor y del sufrimiento de quienes vivieron en pecado, pero a partir de ahora alegraros, pues seréis testigo de la felicidad que Dios ha otorgado a los justos. Seguidme.”

Gaudium I

Tundal obedeció al ángel y se marchó tras él. Pronto desapareció la oscuridad dejando paso a un día resplandeciente, y con ella desapareció también el miedo que sentía Tundal, de lo cual se alegró enormemente. Dio, pues, gracias a Dios por su misericordia y continuó caminando detrás del ángel. Al cabo de un rato vieron un hermoso muro circular que era bastante elevado. Entraron en él y en su interior Tundal fue testigo de la presencia de hombres y mujeres que lloraban de frío, hambre y sed, pues carecían de vestimentas y sustento y estaban desnudas como las bestias. Aunque tenían luz de sobra, su dolor era grande. “Estas gentes”, explicó el ángel, “han sido salvadas, pero todavía deben purgar sus pecados. Todas ellas vivieron de manera honesta en la tierra, sin embargo, agraviaron a Dios por mostrarse poco generosas con los pobres y menesterosos que carecían de vestido y alimento. Así pues, decidió Dios que durante algún tiempo fueran castigadas a pasar frío bajo tormentas de viento y lluvia y a tener hambre y sed.” Dicho esto, el ángel calló y continuó caminando de prisa seguido por Tundal. Poco después llegaron a una puerta que estaba abierta. Por ella entraron y accedieron, para alegría de Tundal, a un campo cubierto de hermosas flores de diferentes colores que despedían uno de los aromas más dulces que pudiera imaginarse uno.

El lugar era tan resplandeciente y el sol brillaba con tanta claridad que Tundal experimentó una inmensa alegría. La verdad es que no le hubiera importado vivir allí. El lugar albergaba muchos árboles hermosos que contenían deliciosos frutos e invitaba a escuchar el dulce canto de las aves silvestres. Allí moraban las personas que estaban libres de pecado y exentas de castigo. Iban de aquí para allá alegres y despreocupadas. En medio de aquel lugar se encontraba situado el pozo más hermoso que jamás se hubiera visto. De él brotaban numerosos arroyos de agua hermosa y clara. Tundal no cabía en sí de gozo: “Señor, ¡Qué delicioso lugar para descansar. No nos marchemos nunca de aquí.” El ángel le respondió: “Eso no es posible. Debemos irnos. Las almas que veis aquí dentro han sido castigadas por sus pecados, pero se han purificado por la misericordia de Dios y ahora moran en este lugar. Sin embargo, no pueden ir todavía al cielo y aquí deben esperar la voluntad de Dios hasta que El decida qué hacer. El pozo de agua tan clara que habéis visto recibe con toda razón el nombre de El Pozo de la Vida. Este nombre es muy conocido. Quienquiera que beba de él jamás sentirá hambre o sed y experimentará un enorme gozo. Y quienquiera que siendo anciano beba de él, se volverá joven de nuevo.”

Gaudium II

Al cabo de un tiempo caminando Tundal y el ángel pasaron por un lugar donde se hallaba un buen número de personas comunes. Tundal ya había visto antes a algunas de esas personas y sabía perfectamente a qué se dedicaban. Entre ellos vio a dos reyes que en vida gozaron de gran poder y que vivían con extrema humildad. Ambos eran hombres de honor. El primero se llamaba Cantaber y el segundo Donatus. Entonces Tundal le preguntó al gentil ángel: “Señor, ¿Qué es esto que veo? Estos dos reyes fueron muy poderosos en vida, valientes y acérrimos, aunque poco compasivos el uno con el otro, pues se odiaban a muerte tanto como Caín

odiaba a su hermano. No entiendo como fueron merecedores de venir a este delicioso lugar.” El ángel consideró oportuno darle a Tundal una explicación y le dijo: “Os diré por qué Dios tuvo piedad de ellos. Antes de morir, estos dos reyes se arrepintieron de corazón de sus pecados. En el caso de Cantaber, cuando éste enfermó, abrió su corazón a Dios y prometió con lágrimas en los ojos ponerse en manos de Éste y hacer penitencia durante el resto de su vida cuando recobrase la salud. En cuanto a Donatus, éste estuvo mucho tiempo viviendo en una celda antes de su muerte.

Un buen día repartió todos sus bienes entre los menesterosos para que rezasen por él y se fue a vivir pobremente a una celda. Es verdad que aunque ambos llegaron a convertirse en poderosos reyes, ambos murieron pobres. Además, ambos confesaron sus pecados y Dios tuvo misericordia de ellos. Por lo tanto, Dios no los abandonó y los trajo a este lugar de dicha.” Dicho esto, Tundal siguió gozando con la vista de aquel hermoso lugar. Después continuaron su camino hasta toparse con una suntuosa mansión. Tundal nunca había visto en vida una como aquella. Los muros parecían estar hechos de oro y tenían incrustados en ellos piedras preciosas. El techo de la mansión parecía estar hecho de carbunclos y no tenía ni puertas ni ventanas sino numerosas entradas que permanecían abiertas para quienes desearan entrar. ¡Y cómo resplandecía esa mansión! Sus habitaciones eran amplias y circulares, el suelo estaba cubierto de piedras preciosas y carecía de columnas. Sin duda alguna, tendría un valor incalculable, sobre todo porque brillaba con gran esplendor tanto fuera como dentro. Tundal se fijó en todos los detalles de aquella mansión. Notó que había una silla suntuosamente adornada y decorada con oro rojo y abundantes paños de oro y seda. Y sentado en esa silla vio al poderoso rey Cormac. Claro está que Tundal sabía muy bien quien era ese rey. Sus atuendos eran de variados y ricos colores. La gente se acercaba a él para traerle numerosos presentes y manifestarle su alegría al verlo.

Tundal se acercó a la multitud para no perder detalle de nada. Se fijó especialmente en las reverencias que hacían al rey aquellos que una vez lo tuvieron como señor en vida. También estaban reunidos allí muchos sacerdotes y diáconos vestidos con ricos atuendos sagrados como si fueran a dar misa y rodeados de grandes riquezas como copas y cálices ricamente ornados, brillantes incensarios de oro y plata, palanganas apropiadas para la ocasión fabricadas con rico oro, y mesas pintadas con gran colorido. ¡Cuánta felicidad había allí!

Los que llegaban a aquella mansión se arrodillaban ante el rey y le decían: “¡Qué la felicidad os acompañe siempre! Por vuestras obras henos aquí” Tundal, maravillado de lo que veía, le dijo al ángel: “La mayoría de los que aquí se hallan presentes no fueron nunca vasallos del rey, me sorprende que le rindan pleitesía.” Y el ángel le respondió cortésmente: “En efecto, la mayoría de los que aquí veis no perteneció a su séquito. Muchos son pobres peregrinos a los que dio limosna en vida o miembros de la Santa Madre Iglesia a los que ayudó siempre. Quiera Dios Todopoderoso que su fidelidad para con su señor sea sincera. “Señor”, preguntó Tundal, “¿Sufrió algún castigo este rey tras su muerte?” Y el ángel le respondió: “Sufrió muchos castigos y aún no está libre de ellos. Mirad.” De súbito la mansión, que antes resplandecía como el sol, se oscureció como la noche. Quienes se

encontraban allí se quedaron en silencio. El rey se dio la vuelta en su silla y comenzó a lamentarse profundamente.

Vio entonces a muchos hombres arrodillados en actitud orante que decían: “Señor del Cielo, hágase Vuestra voluntad. Tened piedad de él.” Seguidamente vio Tundal al rey vestido con un atuendo de afilado y doloroso pelo de cabra por encima del ombligo dando gritos de dolor. Por debajo del ombligo unas llamas lo quemaban y devoraban sin cesar. “El rey”, dijo el ángel, “debe padecer este tormento todos los días. Así lo mando Dios, pues Cormac no mantuvo la promesa matrimonial de guardar fidelidad a su esposa y ordenó dar muerte junto a la iglesia de San Patricio a un conde a quien odiaba y tenía como enemigo. Todos los días arderá en llamas hasta el ombligo y todos los días tendrá que llevar un doloroso y afilado atuendo de pelo de cabra. Este rey se libró de todos los castigos menos de estos dos”. Entonces preguntó Tundal: “¿Y cuándo debe padecerlos? ¿Durante cuánto tiempo?” Y el ángel respondió: “Cada día durante tres horas. El resto de las veinte y una horas será feliz y será agasajado por multitud de personas”. Y al terminar de decir estas palabras, Tundal y el ángel se pusieron en camino hacia otro hermoso lugar de felicidad.

Gaudium III

Poco después Tundal y el ángel se acercaron a una muralla extraordinariamente elevada que estaba hecha de resplandeciente plata que no tenía puertas ni entradas. Sin saber cómo, accedieron a su interior y allí fueron testigos de un delicioso lugar apto para el goce y el descanso que estaba habitado por hombres y mujeres que cantaban alabanzas a Dios y se divertían alegremente sin cesar, cantando y riendo. Se las podía oír decir: “Bendito sea Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.” Estas personas llevaban hermosas y relucientes vestimentas de color blanco como la nieve. Alababan a la Trinidad haciendo gala de unas voces armoniosas y llenas de encanto. Todo aquel lugar irradiaba dulzura y amor, honestidad, hermosura, pureza y bienestar. Allí no había cabida para la enfermedad.

Los hombres y mujeres eran libres y los unía el amor perfecto y la caridad. Y difícilmente se podría escribir con palabras el dulce aroma que se respiraba allí y que excedía a cualquier otro en la tierra. Entonces dijo el ángel resplandeciente: “Dios ha reservado este lugar dichoso para los hombres casados que fueron fieles a sus esposas y apartaron de sus cuerpos el engaño y la infidelidad; para quienes entregaron sus bienes a los pobres que vivían en la aflicción y sufrimiento; para quienes enseñaron diligentemente el amor a Dios Todopoderoso y castigaron a quienes pecaron e hicieron el mal, y para quienes ayudaron a sostener y mantener a la Santa Madre Iglesia. Todos aquellos que hicieron el bien en vida escucharán el Día del Juicio Final la voz de Dios que dirá: “Acercaos, hijos míos, y recibid mi Reino; Reino que fue destinado para el hombre desde el comienzo de la palabra”. Tundal rogó al ángel que pudieran permanecer algún tiempo en aquel lugar, pero el ángel no le respondió, pues Tundal se había olvidado de rezar allí junto con las personas que habitaban aquel lugar.

Gaudium IV

Tundal y el ángel echaron a andar de nuevo y a medida que caminaban plácidamente, las gentes que habitaban en aquel lugar se inclinaban y los saludaban por el nombre. Todas se mostraban alegres ante su llegada y daban gracias a Dios Todopoderoso por haber librado a Tundal del infierno. Todos decían al unísono: “Bendito sea el Señor por su majestad y misericordia que no desea la muerte de los pecadores y ha ordenado sacar a esta alma del infierno para traerla aquí ante esta noble compañía”.

Gaudium V

Continuaron su andadura Tundal y el ángel y allí por donde iban tomaba el primero buena cuenta de todo cuanto veía y escuchaba. Por el camino vio aquel una muralla más alta que la anterior que parecía estar construida con un oro más reluciente que el que pudiera hallarse en la tierra. La contemplación de aquella muralla le causó a Tundal una inmensa alegría por su esplendor y le hizo recordar toda la alegría de la que había sido testigo anteriormente. Sin dilación entraron en esa muralla. Un lugar tan hermoso como aquel no había visto Tundal jamás, ni él, ni ningún hombre vivo en la tierra. Había allí muchos tronos de oro engarzados con piedras preciosas de diferentes maneras que estaban cubiertos con ricos paños. La riqueza y ornatos de tales tronos no tenían parangón en ningún otro lugar. En ellos estaban sentados hombres y mujeres santos que vestían hermosos atuendos y estaban rodeados de hermosos adornos de gran esplendor. Nadie nacido en la tierra podría haber sido capaz de imaginar un lugar como aquel. El resplandor del rostro de Dios brillaba entre ellos con más intensidad que el sol. ¡Qué hermoso y reluciente era todo aquello! Aquellos hombres y mujeres estaban coronados con coronas de oro y piedras preciosas de diferentes colores. Parecían reyes y emperadores. Coronas como aquellas jamás tuvieron los reyes y las reinas de la tierra.

Delante de ellos vio colocados algunos atriles de oro con algunos libros sobre ellos. Todos cantaban con semblante sereno y voces nítidas el aleluya. Y lo hacían con tanta dulzura y pureza que Tundal pensó que de todo lo hermoso que había visto hasta entonces aquello era lo mejor. La dicha que le produjeron esos cánticos le hizo olvidarse de todo lo que había experimentado recientemente. Entonces le dijo el ángel resplandeciente: “Estos hombres son santos varones a los que Dios amó mucho. Por amor a El sufrieron martirio en la tierra y dejaron el mundo con santidad con el fin de servirlo, lavando sus vestimentas con la sangre del cordero con ánimo sereno y apartando de sus cuerpos la lujuria. Tales hombres amaron siempre la medida y nunca faltaron a la verdad. Así pues, Dios los ama mucho.” Entre todo ese gozo y serenidad vio también Tundal un lugar repleto de pabellones hermosos y resplandecientes. Los pabellones estaban cubiertos de púrpura y gris. Y a buen seguro que tendrían un gran valor, pues estaban ricamente decorados con relucientes monedas de oro y plata y otros hermosos ornatos. Las cuerdas de fijación eran relucientes y nuevas, estaban hechas de seda, tenían colores brillantes, estaban entrelazadas con plata y estaban caladas con resplandeciente oro. Además, podía verse en ellas instrumentos musicales que producían una música dulce y

clara, tales como órganos, platillos, tambores, harpas y otros instrumentos que hacían sonar una música deliciosa, ya fuera atiplada, media o baja. En el interior de los pabellones se podía escuchar varios tipos de música, ninguno de los cuales tenía parangón en la tierra. ¡Y cuánta gente había en ellos que cantaba con voz alegre y dulce! ¡Cuánta alegría se respiraba allí y qué difícil de describir! Tundal pensó que la felicidad que allí se sentía era diferente a la felicidad de la que había sido testigo en los paraísos anteriores.

Entonces el ángel resplandeciente le dijo: “Las personas que veis cantando en los pabellones fueron en vida buenos frailes, monjes, monjas y canónigos que supieron cumplir con sus votos con buena disposición de ánimo y sirvieron siempre a Dios obedeciendo sus mandamientos tanto de día como de noche, sin dejar de amarlo, acatando las reglas de sus órdenes, y llevando una vida casta alejada de los pecados de la carne. En definitiva, supieron guardar respetuoso silencio en lugar de romperlo con nimiedades y sobre todo, amaron a Dios por encima de todas las cosas.” Y Tundal le respondió: “Señor, os lo ruego, acerquémonos para que pueda ver mejor la alegre atmósfera de esos animados cantos.” Y el ángel resplandeciente y hermoso le respondió así: “Desde aquí veréis todo el espectáculo, pues no se os permite entrar en los pabellones ni que se os muestre la Trinidad. A este lugar sólo pueden acceder aquellos que por la gracia de Dios vivieron una vida honesta y casta, como las vírgenes puras. Tales criaturas vivirán aquí para siempre en compañía de los santos y ángeles; vivirán felices y verán a Dios en su trono”.

Gaudium VI

Al terminar el ángel de decir estas palabras, se marcharon por un hermoso camino en el que se encontraron con numerosos hombres y mujeres que se asemejaban a resplandecientes ángeles de lo bellos que eran. A su alrededor podía respirarse un dulce aroma imposible de describir y se escuchaban encantadoras voces y canciones que hicieron que Tundal se olvidase de la felicidad de los paraísos anteriores. Los diversos instrumentos musicales que allí podían verse producían por sí solos, sin que fueran tocados por la mano de nadie, diferentes tipos de música dulce y clara. Y las voces de los espíritus sobrepasaban todas las maravillas que en aquel lugar existían. Al cantar, sus labios no se movían ni hacían gestos con las manos. Del firmamento situado por encima de sus cabezas emanaban una gran cantidad de rayos de luz resplandecientes que caían en aquel lugar, y del cual colgaban, a su vez, por todas partes, cadenas que resplandecían como el oro a modo de suntuosa decoración. Todas esas cadenas estaban firmemente unidas entre sí a través de varas de plata que estaban decoradas con gran belleza. ¡Nunca pudo verse en la tierra una luz tan hermosa! Asimismo, de las cadenas colgaban suntuosas y hermosas joyas, tazas y copas de gran valor, platillos de plata, flores de lis y campanas de oro que tañían alegres campanadas. Y en torno a ellas volaban los ángeles con sus relucientes alas de oro.

Ningún mortal fue jamás testigo de una visión así. Los ángeles volaban en el aire fundiéndose con los rayos de luz que eran muy agradables de contemplar. Nadie en la tierra podría jamás imaginar ni describir las alegres melodías, tañidos de campanas, celebraciones, cantos y riquezas de aquel lugar. Tanto disfrutó Tundal

con los espectáculos de aquel lugar que si de él hubiera dependido no se hubiera marchado de allí jamás y se hubiera quedado a vivir en aquel lugar para siempre. Después llamó el ángel a Tundal con semblante afable y le dijo: “Venid aquí”. Tundal se acercó hacia donde estaba el ángel y vio un gigantesco árbol cargado de deliciosas frutas de todas las variedades, con toda clase de aromáticas flores de diferentes colores: algunas blancas y rojas, otras amarillas y azules, y con toda clase de poderosas y hermosas hierbas y especias de gran valor que despedían un olor muy agradable y crecían y florecían cerca de él. También vio posados en las frutas y flores de las ramas de aquel árbol a muchas aves de diferentes colores que entonaban con gran entusiasmo toda suerte de melodías, cada cual como mejor podía.

Tundal escuchó todas esas melodías con atención y rió de buena gana pasándose muy bien. Debajo de aquel árbol vio a muchos hombres y mujeres que vivían en celdas que resplandecían como el oro y estaban ricamente ataviados. Amaban a Dios con todo su corazón en virtud de todos los dones que El les había otorgado. Los hombres llevaban en la cabeza una corona de oro al uso que tenía engarzadas de diferentes maneras piedras preciosas de gran valor y portaban cetros en las manos. Estaban vestidos con atavíos resplandecientes de suntuosos colores y estaban espléndidamente adornados con oro como si acabasen de ser coronados reyes. Dudo mucho que entre los hombres de la tierra existiese alguien ataviado con tanta majestad como cualquiera de ellos.

Y el ángel se dirigió muy circunspecto a Tundal, que estaba muy alegre, y le dijo: “Este árbol que veis aquí puede compararse con la Santa Madre Iglesia. Y las personas que están viviendo en celdas debajo del árbol son hombres y mujeres que por su devoción mandaron construir casas para religiosos, contribuyeron a sostener con generosidad el culto a Dios, fundaron iglesias y capillas, mantuvieron el estado del clero, y donaron bienes a la iglesia con gran generosidad en forma de tierras, rentas, y hermosos objetos destinados al culto. Todo esto hicieron al abandonar las veleidades del mundo para dedicarse a servir a Dios. Así pues, como veis, todos ellos reinan en una sola hermandad, gozando de paz, descanso y felicidad para toda la eternidad.”

Gaudium VII

En breve se marcharon de allí y continuaron su viaje hasta toparse con otra gran muralla que relucía con enorme intensidad y sobrepasaba en belleza a las anteriores murallas. Tundal la miró de cerca y se puso a pensar de qué material podría estar hecha. Le parecía que estaba construida con diferentes piedras preciosas que brillaban como el oro rojo y eran muy blancas y relucientes. Pensó que se trataba de berilios, crisolitos, zafiros, esmeraldas, diamantes, jacintos, rubíes, sanguinarias, carbunclos, ónices, y topacios. Vio muchas otras piedras con diferentes colores pero no supo reconocerlas. Entonces le dijo el hermoso y cortés ángel: “Tundal venid aquí y ved esto”. Subieron a lo alto de la muralla y una vez en lo alto miraron hacia abajo. ¡Cuántas maravillas contemplaron desde lo alto! Todas imposibles de describir por el ingenio más agudo y ninguna de ellas comparable a las cosas bellas

que habían visto antes. ¡Cuánta gloria y dicha dispuesta por Dios para los suyos! Allí fueron testigos de las nueve órdenes de ángeles que resplandecían como el sol, de los espíritus sagrados que vivían entre ellos y de muchas otras cosas que son secretas y están prohibidas al hombre. Al cabo de un rato le dijo el ángel: “Tundal, no olvidéis nada de lo que aquí escuchéis. Dios, que es eterno, se dirigirá a vos y será vuestro amigo. Mirad todo el gozo y felicidad que aquí se disfruta y del que gozan todos los que moran en este lugar.” Y después de contemplar a los ángeles, Tundal y el ángel contemplaron la Sagrada Trinidad y a Dios sentado en la majestad de su trono. Contemplaron su rostro cuyo resplandor iluminaba todo aquel lugar.

Los ángeles que allí se encontraban corrían en todo momento a contemplar ese mismo rostro por su esplendor y hermosura, el cual era siete veces más brillante que el sol. Su visión constituía el sustento para los propios ángeles y la vida para los espíritus. Desde lo alto de la muralla lo vieron todo, tanto lo bueno como lo malo, la felicidad de los paraísos que habían visto y también los castigos que había sufrido Tundal. Vieron todo el ancho mundo y todas las criaturas que Dios había creado. Y hago un inciso para decir que a aquellos que han visto a Dios Todopoderoso se les permite ver parte de las cosas sutiles y secretas del mundo. Aquellos cuyos ojos han visto a Dios Todopoderoso no dejarán de ver jamás.

Aquellos que hayan subido a lo alto de esa muralla resplandeciente podrán ver con toda claridad todas las cosas hechas por Dios. En cuanto a lo aprendido por Tundal allí no es menester contar mucho, pues en lo alto de aquella muralla aprendió todo lo que quiso sin necesidad de leer ningún libro. Y estando en ella se le acercó uno llamado Ruadán que, con ánimo alegre, saludó a Tundal efusivamente, lo abrazó con cariño y afecto y le dijo así: “Hijo, bendita sea vuestra llegada aquí. Dejad que os diga, para consuelo vuestro, que a partir de este momento tendréis un final feliz en el mundo. Algunas veces yo fui vuestro patrón, por lo que debéis mostrarnos cortés conmigo y arrodillaros ante mí”. Y al terminar de decir esto, guardó silencio. Tundal entonces miró en todas las direcciones, de cerca y de lejos, y vio a San Patricio de Irlanda vestido con resplandecientes atuendos y a muchos obispos vestidos noblemente que se mostraban alegres y felices. Y entre esa bendita compañía reconoció a cuatro obispos a los que ya había visto antes en vida. Se trataba de hombres bondadosos que vivieron en la tierra honestamente. Uno de ellos se llamaba Celsus, que llegó a convertirse en obispo de Armagh y que se dedicó a hacer el bien en vida por amor a Dios. Otro que iba detrás de él se llamaba Malaquías, a quien el Papa Celestino nombró arzobispo de aquel mismo lugar. Malaquías dio en vida a los pobres cuanto tenía de corazón. Fundó innumerables colegios y unas cuarenta y cuatro iglesias, especialmente para los religiosos con el fin de que pudieran servir a Dios con devoción. Además, hizo entre ellos donaciones y dio muchos bienes a los menesterosos. El se quedó con lo justo para sostenerse.

El tercer obispo se llamaba Cristino, un santo varón que fue algún tiempo obispo de Lyon y dueño de muchas posesiones. A pesar de ello, se mostró siempre manso de corazón y bondadoso, y vivió cuanto pudo en la pobreza. Era hermano de Malaquías, a quien amaba mucho. El cuarto obispo se llamaba Nehemiah. En vida

fue siempre honrado y justo. Llegó a convertirse en obispo de Cluny y de entre todos los obispos mencionados, fue el que más se destacó por su inteligencia e ingenio. Y junto a ellos vio Tundal una silla muy brillante que estaba vacía, por lo que preguntó a quien estaba reservada. Malaquías le contestó así: “Esta silla está destinada para uno de nuestros queridos hermanos que habrá de sentarse aquí cuando muera.” A Tundal le gustó mucho esa hermosa silla y estando éste de buen humor se le acercó el ángel con rapidez y le preguntó: “Tundal, ¿Os gusta estar aquí? Habéis visto muchas cosas bellas y habéis visitado muchos lugares.” “Es cierto, señor”, respondió Tundal riéndose. “He visto mucha felicidad. Y ahora os ruego, señor, que me permitáis quedarme en este lugar para siempre. No deseo irme de aquí”. “Habláis en vano”, le respondió el ángel, “puesto que volveréis de nuevo a vuestro cuerpo. Y no olvidéis lo que habéis visto y oído.” Al terminar de hablar, Tundal se entristeció, comenzó a llorar y dijo: “Señor, ¿Qué es lo que he hecho para volver tan pronto a mi desgraciado cuerpo y dejar toda esta felicidad?” Y el ángel le respondió: “Aquí no pueden morar más que las vírgenes santas que voluntariamente fueron puras en vida y mantuvieron sus cuerpos inmaculados y que, por amor a Dios Todopoderoso, abandonaron el mundo con santidad.

Tras su muerte, fueron traídas aquí, al seno de Dios, y libradas de todo mal. Vos no tuvisteis su predisposición de ánimo para servir a Dios en vida cuando pudisteis hacerlo. Jamás os arrodillasteis ante Dios ni escuchasteis mis consejos. No sois merecedor de vivir en este lugar. Por tanto, regresaréis a vuestro cuerpo y limpiaréis vuestros vicios. A partir de entonces os mantendréis alejado del pecado. Sin embargo, permaneceré junto a vos para ayudaros y aconsejaros con el fin de que podáis ir al cielo.” Cuando terminó el ángel de decir esto, Tundal abandonó la felicidad y la gloria del cielo.

Reversio Anime

Y de repente Tundal abrió los ojos y sintió su alma pesada tras haber recuperado el cuerpo. Y sin decir nada, lanzó un profundo suspiro mientras trataba de moverse. Aquellos que lo amaban y lo vieron volver a la vida se maravillaron y alegraron de ello sobremanera. Vedle ahora, llorando y con ánimo abatido, vistiéndose como puede mientras dice: “Señor Jesucristo, ¡Tened piedad de mí! ¿Quién nacido de mujer puede ser más pecador que yo? Sin embargo, ahora que dispongo de tiempo trataré de enmendar mis pecados con la ayuda y gracia de Dios que sufrí por todos nosotros para que no castigue mi alma. ¡Ay, mísero de mí! ¿Por qué, Tundal, habéis hecho tanto mal en vida? ¡Qué malvado que he sido!” Escuchad cuánto se acusó Tundal por sus pecados, pues en ningún momento dejó de pensar en todo lo que había visto estando muerto. Todos quienes lo conocían se maravillaron del cambio experimentado en su forma de ser, por cuanto siempre se había mostrado cruel con muchos. Alguien le preguntó si deseaba ver a un sacerdote para que pudiera confesarle todos sus pecados y poder darle la Eucaristía. “¡Si!”, respondió, “me gustaría que un sacerdote me confesara en privado y me administrara la Eucaristía. Os ruego que llaméis a uno, pues a partir de este momento dejaré de pecar.” Sin demora se llamó a un sacerdote para que pudiera darle a Tundal el cuerpo de Cristo.

Y cuando Tundal terminó de confesar todos sus pecados, recibió la Comunión con sumo agrado. “Señor”, dijo, “Sed amado, pues vuestra misericordia y bondad sobrepasa los pecados de los hombres.” Y en torno a Tundal se reunieron hombres y mujeres a los que contó dónde había estado y todo lo que había visto, sentido, y escuchado, pues no se había olvidado de nada de lo que le había sucedido, exhortando a todos los allí presentes a que tuvieran miedo de los tormentos del infierno y animándolos a que enmendasen sus pecados antes de morir. Les aconsejó que fueran buenos y les pidió que se apartaran del pecado para poder servir a Dios Todopoderoso con devoción. Les hizo saber, además, las palabras que le dijo Dios en el cielo y que nunca antes habían escuchado. A los pecadores, especialmente, les reprendió tal como lo harían las leyes de Dios y a los que eran bondadosos y limpios de corazón les reconfortó hablándoles de la felicidad de la que había sido testigo en el paraíso y en el cielo. Desde ese momento, Tundal se apartó del pecado y llevó una vida de santidad, haciendo penitencia y entregando todos sus bienes a los pobres para que rezasen por él.

Y cuando llegó la hora de su muerte, al disponerlo así Dios Todopoderoso, su alma abandonó el cuerpo para ir al cielo y vivir plenamente gozoso junto a El. Y ahora, por caridad, todos los que habéis escuchado esta historia, decid: “¡Amén!”.

Explicit Tundal, dijo Heeg el amanuense. Y ya sea esta historia verdadera o falsa, he aquí el texto de la copia que transcribí.

FIN DE LA VISIÓN DE TUNDAL